

EL MUSICO DE LA MURGA.

Ci-gît le bruit du vent. Aquí yace el susurro del viento. ¿No os parece elocuente este epitafio, ideado por Antipater para la tumba de Orfeo? Lo que pasa alzando apenas un rumor muy leve y se extingue, cual si otro más recio soplo lo apagara; lo que sienten al estremecerse las eréctiles hojas, lo que riza las ondas, cuando tiemblan, cogidas de repentino calosfrío; el brillo efímero de la luciérnaga azulina; el beso rápido de Psíquis, eso es lo semejante á ciertos espíritus fugaces que sólo producen una vibración, un centelleo, un estremecimiento, un calosfrío y mueren como si se evaporaran.

¿Conocéis de Juventino Rosas algo más que unos cuantos vales elegantes y melancólicos y bellos como la dama, ya herida de muerte, en cuyas manos, casi diáfanas, puso la poesía un ramo de camelias inmortales? Un schottisch..... una polka,..... una danza..... otro wals..... ¡rumor del viento! Algunos tienen nombres tristes como presentimientos: «SOBRE LAS OLAS»..... ahí flota descolorido y coronado de ranúnculos el cadáver de Ofelia. «MORIR SOÑANDO»..... ¡anhelo de los que han vivido padeciendo! Y observad que envuelve casi toda esa música bailable cierta neblina tenue de tristeza. Parece escrita para rondas de Willis. Al compás de la mazurka danzan las mozas en un claro del bosque; están alegres, ríen y cantan; pero el músico está triste.

Ya se está el baile arreglando,
Y el gaitero ¿dónde está?
—Está á su madre enterrando
Pero en seguida vendrá,
—¿Y vendrá?—¿Pues qué ha de hacer?
Cumpliendo con su deber
Vedle con su gaita; pero
¡Cómo traerá el corazón
El gaitero,
El gaitero de Gijón!
La niña más habladora

—¡Aprisa, le dice, aprisa!—
Y el gaitero sopla y llora
Poniendo cara de risa.

* * *

Algunas noches, en los grandes bailes, fatigado de la fiesta, huyendo de las conversaciones privadas y de los amigos impertinentes, me he puesto á pensar en esos pobres músicos que,

Como ganan sus manos
El pan para sus hermanos,
En gracia del panadero
Tocan con resignación
Como tocaba el gaitero,
El gaitero de Gijón.

Federico Gamboa en sus *Impresiones y Recuerdos* nos pinta con colores muy vivos á aquel Teófilo Pomar que componía danzas y las tocaba, primero en algunos salones; luego en los bailes de trueno. Ese Pomar tuvo también su momento efímero de dicha, «una luna de miel—dice Gamboa—encantadora por lo rápido y lo intensa. El cuarto de un hotel convertido en un rincón del cielo; en la ventana, pájaros y flores; en la mesa de trabajo, el papel rayado, la pluma lista; el piano abierto, en espera de las caricias de su dueño; sobre el velador, la comida traída á hurtadillas de la fonda más próxima, con un solo vaso, para aumentar los pretextos de besarse; y en las paredes, en los muebles, en todas partes, ella, la mujer amada que ríe de nuestras locuras y las comparte y nos arrulla y nos enloquece.....» Luego «en la ventana, el pájaro muerto, las flores marchitas; en la mesa de trabajo, la pluma rota, las papeletas del Montepío; el piano ausente, dejando un hueco inmenso; en una silla, ella, la mujer amada, que llora nuestros dolores y los comparte y nos martiriza.» Para vivir, continuaba Pomar tocando danzas. Entraba ceñudo al baile de trueno, «cual si bruscamente lo hubiesen despertado de algún dulce sueño, y se llegaba al piano con tan visibles muestras de mal humor que cualquiera habría temido una armonía ingrata, un arpegio discordante, y en su lugar, brotaban tibias, delicadas, voluptuosas, las danzas, que estaban haciéndole célebre, sus danzas, pensadas y compuestas por él, las que le daban de comer y lo premiaban á él solo, de tanta prosa, de tanta amargura. Y entonices, se abstraía por completo, no respondía á nadie; noche hubo en que improvisara una danza, así, en medio de los gritos destemplados, con la excitación de la desvelada y

del desencanto interno, cuando la aurora sonreía desde la azotea y las lámparas de petróleo se apagaban amarillentas y tétricas.»

«En cuanto concluía, los concurrentes lo rodeaban disputándose, lo mareaban á amabilidades, á invitaciones; todos querían darle un cigarro, una copa, las buenas noches. Las mujeres se le colgaban de los brazos, lo arrastraban á los gabinetes donde la manzanilla ó una cena fría aguardaban á los consumidores, y él agradecía, rehusaba á los más, complacía á los menos.

—Gracias, de veras gracias; lo que quiero es descansar un instante.....

Y se quedaba sólo, apoyado sobre los barandales del corredor desierto; á un paso de esa ficticia y ruidosa alegría de las orgías: habituado á éstas, á las riñas que traen, á las ilusiones que se llevan. Allí fumaba cigarrillo tras cigarrillo hasta que la gente se impacientaba, quería bailar.....

—¡Pomar! ¡Que venga Pomar!.....»

Otro músico á quien traté de cerca, el de levitón café y sombrero alto como de pizarra mojada, era celoso..... y tenía razón. ¡Cuán largas eran para él esas noches de baile que tan breves son para los enamorados venturosos! Pensaba en su casa pobre tan distante de aquel palacio; en su casa de barrio, con ventana baja y casera celestina; en la mujer guapa, joven todavía, cansada de miserias y sin hijos; en el galanteador fornido y mocetón que la vió, con ojos encandilados, una mañana en la parroquia; é imaginándose infamias y vergüenzas, sintiendo como que le corrían por todo el cuerpo incontables patitas de alfileres, le parecía oír una risa fresca, chorreante, cual si brotara de jugosa carne de sandía, y otra sardónica, burlona, que le quemaba el oído como latigazo. Tocaba entonces con frenesí, con furia, y el arco del violín, torciéndose y retorciéndose sobre las cuerdas, fingía un estoque rasgando en epiléptico y continuo mete y saca las entrañas de víctima invisible. No es, señora, hurraño moralista el que os ve de reojo cuando pasáis bailando cerca de él y oye las frases de pasión que os dirige el galán; no es un beato ese que al veros querría cubrir con su mirada la desnudez de vuestros hombros: es un pobre músico ya viejo casado con una mujer todavía joven!.....

Mas, entre los violinistas de murga que he conocido, ninguno de ideas más sugestivas ni de existencia más infeliz que el de los

ojos azules desteñidos; el que vistiendo siempre ropa ajena, flaco y largo, proyectaba en las alfombras la sombra de un paraguas cerrado y puesto á escurrir junto á la puerta.

Este era artista, como Juventino Rosas. Era el espectro de un artista rico, que existió antes que él, pero que era de su familia. Hay vástagos que son aparecidos, antecesores resucitados. Tenía los labios siempre secos, y en los labios sed de gloria, sed de besos, sed de vino.

Aun me parece verle, como cuando le conocí. Toca malagueñas en el cuarto de un estudiante. Y con notas pinta. ¿No lo véis?

¡Qué guapa es la cantadora! ¡Qué provocativo el movimiento de sus caderas! ¡Qué negro su pelo! ¡Qué breve su pie! ¡Y qué torneado el mórbido tobillo! ¡Con qué sandunga y qué malicia canta! ¡Esos ojos sólo salen de noche, porque están prohibidos! Cuando miran es que desnudan la navaja. Los brazos en jarras, parecen decir al majo que los quiere:—¡Ven á tomarlos!

¡Y aquél gitano viejo que está allí de codos sobre la mesa! Con los ojos encandilados, la boca entreabierta y las piernas extendidas, ese tio está calentándose junto al fogón de una petenera retozona. Está gozando un minuto de muchacho. Se ve brillar la manzanilla en las cañas de cristal; se oyen los acompasados palmoteos, y la atmósfera se llena de un humo que lleva alcohol y en el alcohol alegría. Por allí cayó una navaja; por allá se alza un pandero; y en aquel rincón tronó el sonoro beso que la de mantilla blanca, la de la rosa colorada en el cabello, dió á su guapo torero. En la calle, Fígaro deja caer al suelo su bacía de cobre; y rasguea la guitarra, mientras Rosina se levanta de puntillas y entreabre la puerta del balcón.

Después toca algo muy apacible y melancólico: es el ruiseñor que cantaba en el granado mientras Julieta acariciaba á Romeo en el camarín. Amad,—nos dice—todavía hay mucha sombra para que brillen mucho las estrellas y despidan los ojos más amor. Una esquisita dulzura se exhala de sus notas; siéntese el contacto suave de la escala de seda; se ve la luna, como bañándose desnuda en las murmurantes y azules ondas del pequeño lago; se oye el rumor de los besos todavía tímidos, como que acaban de encontrarse y conocerse; el susurro de las hojas curiosas que formando corrillos cuchichean; el aleteo de algunos pájaros que no pueden dormir porque están enamorados y quieren ya que amanezca. El calosfrío del alba, escarapela voluptuosamente nuestro cuerpo y roza nuestras mejillas encendidas la cabellera húmeda y perfumada de Julieta. Es la madrugada. No véis cómo el amante baja ya de la gótica ventana y cómo brilla el rayo de la luna en el terciopelo granate de su jubón y en el áureo joyel de su sombrero? Huye y desaparece por entre el bosque de castaños; ciérranse las vidrieras de co-

lores y esas notas transparentes y frágiles, esas notas que brillan como lágrimas y que suenan como una esquila de cristal herida por la barita de alguna hada, se pierden y se extinguen poco á poco en la obscuridad, al amanecer..... El ruiseñor ya no canta; pero el cristal solloza todavía.

* **

El improvisaba todo eso, y al oírlo, volvía yo la vista atrás en el camino de la vida; habría querido volver á ser niño; volver á sentarme en las rodillas de mi madre, besar las canas del anciano que nunca, nunca muere en mi espíritu; oír la campana que llamó á la misa el día de mi primera comunión; ver las torres blancas de la iglesia; creer, hallar quien me consolara como me consolaban cuando aún no sufría..... ¡y allá va la pelinegra Liseta! ¡allá va la hermanita que no ha vuelto! en aquel ruedo bailan las muchachas con los mozos; en aquella mesa y á la luz de pobre lámpara, sueña versos el poeta; ¡allá va el abuelito! ¡allá la novia con quien creíamos haber aprendido á besar..... y no sabíamos! allá va todo lo que se fué como se van las notas.....!

* **

El artista que tan maravillosamente evocaba esas memorias y revivía esos sentimientos, solía decirnos al concluir de tocar alguna de sus improvisaciones.

—Esto en que pongo alma ni siquiera lo escribo..... no lo compran. Oísteis las malagueñas: esas sí me producen, allá donde las toco, aplausos y un puñado de monedas. El editor quiere música que se baile, música para que la estropeen y la pisen. Y yo necesito dinero para mí y para mis vicios. Me repugnan esos vicios, no porque lo son, sino por envilecidos, por canallas. Quisiera dignificarlos, ennoblecerlos, vestirlos de oro, en la copa, en el cuerpo de la mujer, en el albur. Quitármelos no; porque ¿qué me quedaría?..... Cuando me doy asco, pienso en matarme. Pero hay en mí cierto indefinible temor á la otra vida que se quedó en mi alma, como grano de incienso no quemado en la cazoleta del incensario. ¿Quién lo puso allí?..... De niño fuí monago. Vestí la sotanilla roja. Aprendí á cantar cantando letanías. Ayudé misas. Y todavía envuelven mi espíritu nubes de incienso; todavía percibo, en horas de nostalgia, el olor á cedro de la sacristía; me acuerdo del Cristo que me veía como un padre muy triste desde la reja del coro..... ¡á mí que nunca tuve padre!..... ¡Y no puedo matarme!..... ¡El *requiem* es muy pavoroso! Suenan sus notas como el aire, por las noches, en una catedral á oscuras y desierta.

Compongo, pues, para vivir, música alegre, vales voluptuosos

cuyas introducciones son muy tristes. Los toco en bailes y festines. Pero vosotros no sabéis cómo se me rasga el alma cuando los oigo y cuando los toco y cuando pienso en ellos. Vosotros no sabéis lo que se sufre tocando con hambre y sed ante los que comen y beben. Yo compuse ese wals; yo hice esas elegancias, esas coqueterías aladas; yo aproximo esos cuerpos, yo confundo esos alientos; yo debiera presidir, de pie sobre un tonel sombreado por la parra, el baile alegre; yo debiera ordenar con tirso de oro, como joven Baco, los amorosos giros de la danza; ¡y los codos de mi levita están rotos, y veo pasar cuellos desnudos ceñidos por collares de brillantes! El wals es mío, pero eso, que es mi wals animado, eso no es mío. Me dan para que atice las concupiscencias de ellos, champagne y más champagne. Quieren que vea todo á través de una gasa color de oro, para que, olvidado de mí, esparza alegría. Me enseñan.... casi me obligan á embriagarme..... y á desear, ¡ah, sí! á desear mucho! Vivo mirando muy de cerca el esplendor de la opulencia y oyendo las promesas y las mentiras de los sueños.....

Despierto. reflexiono..... la vela amarillenta alumbraba mi rostro cadavérico. ¿Qué soy? El Galeoto de esos próceres ¡Pobre música mía, para todos risueña, provocativa, voluptuosa, para mí triste, infamada, prostituída! ¡Cómplice de adulterios! ¡Cortesana de bajezas! ¡No saliste de mi alma para eso! ¡Eras mi blancura..... eras mi pendón, eras mi hija! Señores, digo entonces como Triboulet, vosotros sois piadosos; sois muy buenos, ¿qué habéis hecho de mi hija? ¡es lo único que tengo! ¿En dónde la escondéis?

Por eso, despechado, busco los que llamais «paraísos artificiales.» En ellos el wals se anima para mí. Ya no escancio las copas. Soy el rey.

* **

Algunos años hace murió en un hospital, como Juventino Rosas, aquel espectro largo, hoffmanesco, que parecía la sombra de un paraguas cerrado. Muchas veces he pisado después su música en los bailes. Ahora que lo recuerdo, siento pena, como si hubiera maltratado á un niño sin darme cuenta de lo que hacía..... como si hubiera hollado frescos pétalos de alma!

UN 14 DE JULIO.

(HISTÓRICO).

Voy á referiros una breve y triste historia, y voy á referirla porque hoy habrá muchos semblantes risueños en las calles y es bueno que los alegres, los felices, se acuerden de que hay algunos, muchos desgraciados. Es un episodio del 14 de Julio, pero no del 14 de Julio de 1789, sino del 14 de Julio de 1890. Y la heroína es una paisana nuestra, una hermosa y desventurada mexicana. ¡Ah! De ella hablaron mucho los diarios de París hace dos años; más que de Mme. Iturbe y de sus trajes, más que de la señorita Escandón y de su boda. Arsénio Houssaye, ese anciano coronado de rosas, le dedicó una página brillante, una aureola de oro como esas que circundan las sienes de las mártires. La piedad la amó un momento, un momento nada más, porque la piedad tiene siempre muchísimo que hacer. Y ahora que miro esas banderas, esas flámulas, esos gallardetes, símbolos de noble regocijo, pienso en la pobre mexicana que pasó en París el 14 de Julio de 1890.

Estaba casada con un francés que vino á nuestra tierra cuando la malhadada intervención. Aquí tuvo seis hijos..... ya sabéis que la pobreza es muy fecunda! Vivían penosamente, y el marido, esperando en hallar protección más amplia en su país, regresó á Francia con su mujer y su media docena de criaturas. El era pintor, decoraba, hacía cuadritos de flores y de frutas para comedores, iluminaba retratos y tenía buena voluntad para admitir cualquier trabajo honesto. Pero hé aquí lo que no hallaba. ¡Es tan grande París! ¡Hay en sus calles tanto ruido! ¡Es tan difícil percibir allí la voz de un hombre!

Altivo, orgulloso como era, jamás se habría resignado á pordiosear. La miseria, enamorada sempiterna del orgullo, vino á acompañarle.

Una noche, agotados ya todos sus recursos, dijo:

—Es preciso morir.

Le oyó el más pequeñuelo de sus hijos, y preguntó entonces á la madre:

—Mamá, ¿qué cosa es morir?

—Morir, hijito, es irse al cielo.

—¿Y cómo será el cielo? ¿como el mar?

—No; el cielo es un jardín en donde hay muchas flores y muchas frutas y muchos juguetes para los niños.

—Sí; pero no serán para mí. También aquí hay todo eso y nada es mío.

—En el cielo cogen los niños que no son traviosos cuanto quieren.

—¡Mamá, vamos al cielo!

La muchachita, que escuchaba atenta, terció entonces en la plática:

—Pero el viaje ha de ser largo, muy largo..... ¡De aquí al cielo.....!

—No, mucho más cómodo y más rápido que el de México á Francia. Se duerme uno y cuando despierta está en el cielo.

—¿Y allá hay fiestas como la de mañana, con fuegos artificiales y con músicas?

—Todo el año.

—Pues iremos.

Y aquellas criaturas, para quienes la tierra era tan dura, se alborotaron con la idea de ir al cielo.

¡Morir! ¡Qué hermosa palabra! Sonaba en sus oídos como suena, cantando, en los de algunos hombres.

—Pero no nos iremos todavía—dijo otro de los niños. Mañana es el 14 de Julio. Quiero ver los fuegos.

Padre y madre cruzaron una mirada suplicante.

—¡Esperaremos!

Casi habían olvidado ya su hambre, con la esperanza de ir al cielo y se durmieron soñando en rehiletes de estrellas y en juguetes de porcelana blanca, atendidas por angeles. Sólo la más chiquita, que no había entendido, dijo con voz desfalleciente:

—Mamá! papá!.....

Los dos esposos se miraban sin hablar. ¿Cómo esperar á mañana?

—Yo puedo todavía, vendiendo lo último, juntar un franco. ¡Pedro, quiere Juanito ver los fuegos!

Y aguardaron....—Sería blasfemia escribir: esperaron.—El padre tenía una tablita de flores pintadas, que no había podido vender. Iba á regalársela á la buena señora del estanquillo. ¡Tal vez le diera algo!

Muy temprano fué. Ya cantaba la fiesta su himno triunfal en plazas y bulevares.

A poco, abríase de nuevo la puerta del tabuco, y el pintor entraba de regreso.

—¿Qué te dieron?

Aquél, vencido, sin desplegar los labios, dejó caer en el suelo unas cuantas estampas.

Eso..... para que los niños se diviertan. ¿No recordais la historia de Schiavone? Aquel pintor veneciano también tenía mujer, seis hijos y hambre. También era soberbio. Y pintó no sé qué para los padres de la Santa Croce; fué á entregar su trabajo y los padres le dieron como recompensa un ramillete de rosas. También dejó caer las flores sobre la desnuda tarima, y la blanca Giacinta, su mujer, fué deshojando en los platos vacíos, y cuando ya no hubo más pétalos, dijo al esposo y á los hijos:

—Venid; ya está la cena.

Un instante después moría de hambre.

La mexicana sí había reunido ya algo más de un franco para pasar el día 14. Todos juntos salieron á la calle, para que los niños pasearan. ¡Qué alegría! ¡qué esplendor!

Los muchachitos, débiles y enfermos, al pasar por frente á los aparadores decían:

—Mamá, ¿qué hay en el cielo pollo asado?

—¿Y jamón?

—¿Y pasteles?

La muchacha más grande, la de catorce años, veía con tristeza los escaparates de las tiendas de modas. Era hermosa, y se iba sin que el mundo lo hubiera conocido. Tal vez la pobrecita no creía en el cielo; pero en la muerte hospedadora sí. No engañaron sus oídos las músicas de viento; no engañaron sus ojos los fuegos artificiales; no engañaron su imaginación las promesas de cielo. Sí, el cohete sube, también resplandeciente quiere llegar á las estrellas..... pero en el aire se apaga. Lo cierto es la armazón, es el esqueleto del «castillo» que un momento fulguró. Y lo cierto es la noche densamente negra.

Ella fué la primera que dijo:

—¿Ya nos vamos?

Y los niños más chicos, en coro repitieron:

—Sí, papacito, vámonos al cielo.

En el camino compraron un pan. Tenían más hambre, mucha hambre. En su tabuco devoraron aquel pan. El padre no: no pudo. La madre no: no quiso.

Pero en ese pan habíase empleado hasta el último céntimo. Y para dormir bien, para dormir como ellos querían, el carbón era indispensable.

—¡Ah, no hay cuidado! dijo la mayor. La portera me fia.

Y salió. Y lo trajo.

No hubo necesidad de que apagaran la vela. También ella se apagó. Ardía el carbón, y su fulgor dantesco semejaba un boquete del infierno asomando en la sombra. ¿Quién llora? ¿Quién solloza? ¿Quién se queja? ¿Quién se retuerce? ¿Quién sofoca blasfemias? ¿Quién se ahoga?

La asfixia se lleva primero al niño de pecho, amordaza después á los más débiles; amarra á los padres para que presencien impotentes la agonía de sus hijos; y en medio de este horror y de esta espantosa lucha muda, rasga el silencio la voz de la hija mayor:

—¡Ya no! ¡Ya no! ¡Ya no quiero morir! ¡Padre, perdóname!

Al día siguiente, un vecino rompió la puerta: adentro estaban los cadáveres. Los sacan al aire, hacen esfuerzos inauditos. ¡Todo inútil!

¿Verdad que ese cuadro debió de ser horrible? La vida inventó un castigo, inventó un suplicio que no había soñado el Dante: ¡la madre estaba viva!

¡Ah! ¡éste sí que excede á todos los tormentos! Ugolino devora á sus hijos; pero los lleva dentro de sí. Y Ugolino muere. A aquella madre no la quiso la muerte.

.....

.....

¿En dónde está? ¿No se ha aplacado Dios? ¿No ha permitido que muera? ¡Santo cielo! Cuando asisto á las fiestas de este día, cuando miro reír y jugar en la *kermesse* á tantos niños bien vestidos, pienso en las inocentes criaturas que, hambrientas y asfixiadas, perecieron há dos años, y digo á las almas buenas:

—¡Una caridad, por amor de Dios!

.....Señor, ¿en dónde está la pobre mexicana? Si vive aún, dale la muerte de limosna!

EL VESTIDO BLANCO.

Mayo, ramillete de lilas húmedas que Primavera prende á su corpiño; Mayo, el de los tibios, indecisos sueños de la pubertad; Mayo, clarín de plata, que tocas diana á los poetas perezosos; Mayo, el que rebosa tantas flores como las barcas de Myssira: tus ojos claros se cierran en éxtasis voluptuoso y se escapa de tus labios el prometedor ¡hasta mañana! cual mariposa azul de entre los pétalos de un lirio.

Hace poco, salía de la capilla, tapizada toda de rosas blancas, y entreteníame en ver la vocinglera turba de las niñas que con albos trajes, velos cándidos y botones de azahar en el tocado habían ido á ofrecer ramos fragantes á María. Mayo y María son dos nombres que se hermanan, que suavizan la palabra; dos sonrisas que se reconocen y se aman. No sé qué hilo de la Virgen une á los dos. Uno es como el eco del otro. Mayo es el pomo y María es la esencia.

Las niñas ricas subían joviales á sus coches; las niñas vestían de gala; santo orgullo expresaban en sus ojos, aun llorosos las mamás. Acababan de recibir la confirmación de la maternidad.

En uno de aquellos grupos distinguí á mi amigo Adrián; salí á su encuentro; besé á la chicuela que todavía no sabe hablar sino con sus padres y con sus muñecas, sentí ese fresco calor de inocencia, de *edredon*, de brazos maternales, que esparcen las criaturas sanas, bellas y felices; y cuando la palomita de alas tímidas, cerradas, se fué con la mamá y el aya, ruborizada la niña y de veras, por la primera vez, Adrián y yo, incansables andariegos, nos alejamos de las calles henchidas de gente dominguera, para ir á la calzada que sombrean los árboles y que buscan los enamorados al caer la tarde y los amigos de la soledad al medio día.

Adrián es un místico; pero no es, en rigor, un creyente. Lámpara robada al santuario, su flámula oscila, rebelde al aire libre;

mas el aceite que la alimenta es el mismo que la hacía brillar, á modo de pupila extática, cuando, ya dormida la oración, velaba ella en el templo. Todavía busca esa llama la mirada de las monjas que rezaban maitines en el coro bajo; todavía siente con deleite el frío del alba, entrando por las ojivas; todavía la espanta el cuerpo negro de la lechuza, ansiosa de sorberla.

Como esa, hay muchas almas, en las que han quedado las creencias trasfiguradas en espectros, que perturban el sueño con quejidos, sólo perceptibles para ellas, ó en espíritus luminosos pero mudos; almas tristes, como isla en medio del océano, que miran con envidia á la ola sumisa y á la ola resueltamente rebelde; almas cuyos ideales semejan estalactitas de una gruta oscura, bajo cuyas bóvedas muje el viento nocturno; almas que se ven vivir, cual si tuvieran siempre delante algún espejo, y á ocasiones, medrosas, apocadas, ó por alto sentido estético y moral, cierran los ojos para no mirarse; almas en cuyo hueco más hondo, atisba siempre vigilante y duro juez; almas que no sintiéndose dueñas de sí mismas, sino esclavos de potencias superiores é ignotas, claman en la sombra: ¿en dónde está, cuál es mi amo?

Adrián, sujeto á todas las influencias, buenas y malas; pétalo en el remolino humano; susceptible de entusiasmos y desfallecimientos, tenía aquella mañana el espíritu en una nube de incienso. Había vuelto á la edad en que nadie le llamaba «papá» y él decía: Padre! Pero como en él proyecta la alegría inseparable sombra de tristeza; como le acompaña siempre «el pobre niño vestido de negro que se asemeja como un hermano,» hablóme así de su reciente júbilo:

—Tú no sabes cuánta melancolía produce un vestido blanco, cuando ya se ha vivido mucho para sí ó para los otros. Esta mañana, al ver junto á la camita de mi niña el traje immaculado que iba á vestir para ofrecerle, por primera vez, hermosas flores á la Virgen; al tocar ese velo sutilísimo que parece deshacerse como la niebla, si queremos asirla, sentí la vanidad del padre cuya hija comienza á dar los primeros pasos, á balbucear las primeras oraciones, y que, ataviada con primor, feliz porque de nada carece y todo ignora, camina al templo, ya conscientemente y como blanca molécula integrante de la comunión cristiana. La besé con más besos dentro de cada uno que otras veces. Sonreí, reí al verla mirándose y admirándose en el espejo, como si preguntara ¿esa soy yo? Me encantaba la torpeza natural con que soltó á andar en su recamarita, cuidando de que el roce no ajara su vestido y levantando éste con la mano para que no lo tocara ni la alfombra. Ya en el coche, la acomodamos en su asiento como á una princesa pequeñuela de cuento de hadas que va á casarse con el rey azul. Parecía una hostia viva, y es, en verdad, la hostia de mi alma.

En el templo, la ceremonia no es solemne, es tierna. Solemne, la imposición de órdenes sacerdotales; solemne, la toma de hábito; solemne, el oficio de difuntos, solemne, la pompa del culto católico en los grandes días de la iglesia; tierna, vívida, pura, esta augélica procesión de almas intactas que lleva flores á la Virgen.

Los cirios se me figuraban cuerpecitos de niños que se fueron adelgazando, murieron y se salvaron; cuerpecitos cuya alma casta resplandece, en forma de llama, fija en las niñas blancas que van á poner las primeras hojas de su nido en el ara de María. La Madre de Dios parece como más madre rodeada por todas esas virgindades, ignorantes aún de que lo son; por todas esas inocencias que lo invocan. Las niñas sienten como que han crecido.

A la mía se la llevaron con las más pequeñas. Se la llevaron sin que ella resistiera. Se la llevaron..... ¿sabes tú lo que esa frase significa? Antes y desde hace poco, sólo en casa andaba sola..... en casa, esto es, en mis dominios. Desde aquel momento ya se iba con otras, sin echarnos de menos á la mamá y á mí; ya no nos pertenecía tanto como la víspera; ya no eran nuestras manos su apoyo único; ya su voluntad, acurrucada antes, entreabría las alas. Del coro infantil se alzó el canto balbuciente, parecido á una letanía de amor, oída desde lejos. La ví á ella bajar con algún trabajo de la banca y dirigirse paso á paso, todavía vacilante, con su ramo de flores, á las gradas del altar. Alzándome sobre las puntas de los pies, procuraba no perderla de vista, con miedo de que cayera, temeroso de que llorara; y no cayó ni lloró, ni volvió la vista á vernos; la acariciaban, la sonreían, preguntábanla su nombre, y esas sonrisas, oreaban mi espíritu, como hálitos de cariños desconocidos á los que nunca volveré á encontrar.

Se iba; pero se iba con la Virgen, con el ideal del amor, con el ideal del dolor vestido de esperanza. A ella, á María, sí se la dejaba sin temores, porque estaba cierto de que iba á devolvérmela, y si no á mí, á la madre, porque madre fué ella. Algo como agua lustral caía de mi ser. Sí, vuelca, hija, tu canastillo de botones blancos en las gradas del altar; díle á la Virgen que ponga, por vela, una ala de angel en la barca de tu vida; pídele la pureza que es la santa ignorancia del placer doloroso..... mas qué ¿vas á pedirla, si sabes nada más, pedir juguetes y la palabra vida no cristaliza todavía en tu entendimiento, ni, preguntona, ha salido de tus labios?

Después, la ví volver. Los azahares temblaban en sus rizos rubios: parecía una novia. Llevaba de la mano á otra niña, más bajita de estatura: parecía una mamá.

Estas dos palabras: novia..... mamá..... dichas interiormente, despertaron en los ecos profundos de mi espíritu no se qué rumores pavorosos. Hay otro vestido blanco, tal como éste de

ofrecer flores, acaso más lujoso, más rico en nubes de encaje, traje de resonante y larga cauda. Hay otros azahares que no brincan de gusto en las móviles cabecitas de las niñas, sino que están quietos y rígidos en la cabellera de la desposada. Ese vestido aguardará en el canapé, cuando llegue una mañana triste del mañana.

Ahora, ese vestido blanco, esos azahares yo se los dí, son míos, porque ella es mía. Pero..... el otro, los otros, serán de alguien á quien no conozco, de alguien que vendrá, con más poder que yo, á arrancármela, porque la humanidad se perpetúa por ineludible ley de ingratitud. Y entonces, esa barca no volverá á la orilla en donde estoy, tras una breve travesía en el lago quieto; se perderá en el alta mar de la vida, sin que puedan ampararla, sin que, á nado, me sea posible darle alcance. ¿Cómo, en qué tono, brotará entonces de esos labios la palabra VIDA? En esa mar surge la bruma; allí lo Desconocido humano dice en voz alta su recóndito secreto; allí sólo cuando el dolor exasperado grita, el padre oye..... el pobre padre que desde lejos adivina y calla.

Cuando se siente esa angustia moral, vuélvese el espíritu á la Virgen, diciéndole: abre los ojos para que haya luz. Te lleva flores: como tú tienes tantas, guarda, las que te ofrece, para ella.—Y yo no sé si porque la luz de los cirios inflama los ojos, se nos saltan algunas lágrimas que el calor ó el orgullo varonil evaporan.

¿Verdad que el vestido blanco es sugestivo? Ser novia..... ser mamá... pedir deveras á la Virgen..... saber lo que es la vida..... ¡ya el traje blanco se vistió de luto!

Y hay otro traje blanco..... ¡ah, no, jamás,..... no hay otro traje blanco!

Mi amigo, el místico á lo Verlaine y á lo Rod, había dado el último sorbo del ópalo verde que da el sueño y la muerte.